

El Kalevala

ELIAS LÖNNROT

TRADUCCIÓN DE JOAQUÍN FERNÁNDEZ Y URSULA OJANEN

ALIANZA EDITORIAL, 1992

El Kalevala es una recopilación, a partir de sus fuentes más auténticas, de cantos populares transmitidos por los bardos de generación en generación. Es la vez memoria de un pueblo, el finlandés, y una de las más grandes epopeyas de Occidente. Publicado por primera vez en 1835 y reeditado en 1849 en su versión definitiva, resume el minucioso trabajo de recuperación que, iniciado por Elías Lönnrot (1802-1884), culminó en la reelaboración de una serie de cantos a partir de diferentes historias, reduciendo el número de personajes y concentrando escenarios para dar lugar a una obra única y coherente, suma del folklore de Finlandia y de su pasado mítico. Se crea un mundo a caballo entre la realidad y la magia, poblado no por héroes en sentido estricto, sino por hombres, que, si bien destacan por sus atributos casi divinos, actúan movidos por pasiones humanas. El fragmento escogido para este número narra cómo Väinämöinen sube a una tierra sin árboles y hace que Samsa Pellervoinen siembre árboles. Al principio el roble no germina, pero, sembrado nuevamente, se alza y se ensancha sobre toda la tierra e impide con su follaje que se vean tanto la luna como el sol.

Canto II

Fue entonces cuando Väinämöinen plantó sus pies sobre la tierra en la isla en medio del mar, en una tierra despoblada. Durante años vivió allí, permaneció por mucho tiempo en esa isla despoblada, en el islote aquel sin nombre. Y comenzó a reflexionar, para sí mismo meditó quién sembraría aquellas tierras, quién la semilla esparciría. Pellervoinen, hijo del campo, el joven Sampsa; él sería quien sembraría tierra virgen, esparciría henchidos granos.

La espada curva, el joven Sampsa sembró en las tierras y en las ciénagas, en los fangosos arenales y hasta en los duros pedregales; en las colinas plantó abetos, pinos en lo alto de montes, brezales en las landas, vástagos tiernos en los pequeños valles, en las cañadas abedules, alisos en las tierras blandas, serbales en los sitios frescos, sauces entre los cenagales, plantas sagradas por doquier, en los terrenos blandos mimbres, enebros cerca de las rocas, robles al borde de los ríos. Pronto los árboles crecieron, los tiernos tallos se elevaron, altos se irguieron los abetos, los pinos abrieron sus copas, el abedul creció en los frescos valles, en tierras blandas el aliso, en sitios el serbal, junto a las rocas el enebro; salió un buen fruto de este árbol, y otro buen fruto del serbal.

El justo y viejo Väinämöinen se dirigió a ver lo hecho, se encaminó a mirar las tierras que Sampsa había preparado, que había sembrado Pellervoinen. Vio que los árboles crecían, que los pimpollos prosperaban; sólo se resistía el roble, no arraigaba el árbol de Dios.

Dejó a su suerte, a su destino al miserable y esperó tres noches, esperó tres días; después de toda una semana volvió de nuevo a ver: el roble continuaba sin crecer, no arraigaba el árbol de Dios. En esto vio que cuatro vírgenes, cinco beldades de la mar, segaban yerba en los prados, el césped fresco del rocío, donde acababa el cabo nublado, donde la isla remataba envuelta en permanentes nubes. Lo ya segado rastri-llaban, en largos haces disponiéndolo.

Tursas surgió entonces del mar, salió el anciano de las olas y el heno sepultó en el fuego, echólo a las voraces llamas. El heno chisporroteó y convirtióse en fino polvo, en un puñado de cenizas. Allí depositó la hermosa bellota, el precioso fruto del roble, del que brotó un tallo, salió una rama verdecida que, cual serbal, surgió del suelo, su doble horquilla alzando al cielo. Sus verdes ramas desplegó ensanchó su denso ramaje, su copa levantó hacia el cielo, invadió el aire con sus ramas; detuvo el vuelo de las nubes, impidió que las nubecillas suaves lloviznas descargaran, tapó el sol los fuertes rayos y la luna su fulgor. El justo y viejo Väinämöinen, reflexionando, preguntóse quién abatir podría el roble, quién derribar el grueso árbol. Duro le es vivir al hombre como le es duro al pez nadar cuando no luce el sol y cuando la luna no brilla en el cielo. Ni un sólo héroe existía, ni un hombre con bastante fuerza que derribar pudiera el roble, talar un árbol tan frondoso.

El justo y viejo Väinämöinen estas palabras pronunció:

«Oh Luonnotar, divina madre, tú que a la luz me diste acceso, envía un héroe del mar, de tantos que hay entre las olas, para que abata el roble enorme, derribe ese funesto árbol que apaga al rutilante sol, que oculta el brillo de la luna.»

Un hombre, pues, surgió del mar, salió un héroe de las olas; no era, a decir verdad, muy grande, sino más bien algo pequeño; alto como el pulgar de un hombre o como un palmo de mujer. Un caso de cobre llevaba, también de cobre eran las botas, también de cobre eran los guantes, y de los guantes los adornos; llevaba un cinturón de cobre, al costado un hacha de cobre cuyo mango medía un pulgar, cuyo filo medía una uña.

El justo y viejo Väinämöinen pensó, reflexionó y se dijo: «Parece un hombre por su aspecto, diríase que es un héroe, pero mide un pulgar en altura, la pezuña de un buey o así.»

Luego le dijo estas palabras: «¿Cuál es tu rango entre los hombres?, ¿qué pobre héroe eres tú? Poco mejor que un muerto eres, más bello apenas que un difunto.»

El hombrecillo del mar dijo: «Un hombre soy como cualquiera, y, aunque pequeño, soy un héroe del mar, aquí donde me ves. He venido a abatir el roble, a destrozar el frágil árbol.»

El justo y viejo Väinämöinen le respondió de esta manera:

« No, no, tú no has venido al mundo, nunca jamás fuiste creado para abatir el roble enorme, para talar el duro árbol.»

Una vez dichas las palabras, miró de nuevo al hombre y vio que había cambiado de apariencia: el héroe tenía otra forma, los pies tocaban en la tierra, rozaba el cielo la cabe-

El Kalevala

za, la barba iba a las rodillas, llega el pelo a los talones, media una vara el entrecejo, el calzón media una vara por abajo, una vara y media en las rodillas, y dos varas donde rodeaba la cintura.

Afiló el hombre su gran hacha, repasó el filo con seis grandes afiladeras, lo pulió en siete piedras de amolar. Con pasos lentos avanzó bamboleándose en sus amplios pantalones, en sus calzones de amplios ribetes campanudos; de un solo paso se plantó en los extensos arenales; llevóle el segundo paso a las tierras color de hígado, y un tercer paso le condujo al pie del gigantesco roble. Golpeó el árbol con su hacha, descargó la afilada hoja; una, dos veces golpeó, hasta tres golpes asestó; del hacha enorme brotó fuego, del tronco chispas escaparon; el roble comenzó a inclinarse, el monstruo arbóreo se venció. Así fue como al tercer golpe pudo abatir el roble enorme, talar el gigantesco árbol, romper la fronda de sus ramas. El tronco se inclinó hacia el este, la copa hacia el oeste, unas ramas al sur, mientras que otras se desplomaron hacia el norte.

Quien un ramito tomó al árbol obtuvo la perpetua dicha; quien recogió la copa entró en posesión del arte mágico, y aquel que se llevó una rama dispuso del amor eterno. Las astillas que de él saltaron, las virutas desparramadas sobre la espalda transparente del mar, sobre su extenso oleaje, fueron abatidas por el viento, medidas por el mar inquieto como si fueran barquichuelas.

El viento las llevó hacia el norte. La vivaz sierva de Pohjola estaba haciendo su colada, lavando estaba sus vestidos en una piedra de la orilla, donde acababa el largo cabo. Virutas vio sobre las olas y, guardándolas en su cesto, se llevó a casa para que el brujo fabricara sus flechas, para que el guerrero hiciera sus potentes armas.

Cuando fue el roble derribado, cuando el gran árbol fue abatido, pudo por fin brillar el sol, la luna relucir de nuevo, las nubes proseguir su curso, el arcoiris desplegarse donde acababa el cabo nublado, en el extremo de la isla.

El bosque comenzó a extenderse, crecieron sin cesar los árboles y echaron hojas; en el suelo brotó la hierba y acudieron las aves a cantar al árbol, silbaron plácidos los mirlos, lanzaron gritos los cuclillos, surgieron bayas de la tierra, en la pradera hermosas flores, crecieron variadas plantas, todas sus formas exhibieron; mas la cebada no creció, no germinó la rica espiga.

Fue cuando el viejo Väinämöinen anduvo meditando, absorto, del mar azul por las orillas, al borde de las grandes olas, descubrió entonces seis semillas, recogió siete henchidos granos en las orillas de la mar, en la playa de fina arena; los metió dentro de un saquito de piel de marta, en la pata de una estival ardilla. Luego, salió a sembrarlos en la tierra, a dispersar los buenos granos junto a los pozos de Kaleva, sobre el talud del campo de Osmo.

Cantó el pájaro en el árbol; «No crecerá cebada en Osmo, no crecerá avena en Kaleva si no se laya antes la tierra, si no se artiga antes para que la llama bien la devore.»

El justo y viejo Väinämöinen se fabricó un hacha afilada, las tierras artigó, taló amplios terrenos, derribó todos los árboles hermosos, dejando sólo un abedul para el descanso de los pájaros, para los cantos del cuclillo.

Voló un águila en el cielo, cruzó un gran pájaro el espacio y se acercó para mirar:

«¿Por qué motivos has dejado sin derribar el abedul, sin abatir tan bello árbol?»

El viejo Väinämöinen dijo: «En pie ha quedado el bello árbol para descanso de los pájaros, para que en él se pose el águila.»

Dijo el gran pájaro del aire:

«Muy hiciste, Väinämöinen, dejando que creciera el árbol, que el abedul permaneciera para el descanso de los pájaros, para que yo venga a posarme.»

Avivó el pájaro del aire el fuego, la potente hoguera: todos los vientos se soltaron, quemándose todos los árboles, se redujeron a cenizas,

Partió el viejo Väinämöinen en busca de sus seis semillas, sacó los siete henchidos granos de su caso de piel de marta, de la patita de la ardilla, del bolso de estival armiño.

Luego se fue a sembrar la tierra, a repartir henchidos granos, mientras decía estas palabras:

«Curvo la espalda mientras siembro entre los dedos del Creador, esparzo granos con su mano en esta tierra tan fecunda, para que en este campo crezcan. Oh anciana que bajo la tierra tienes tu eterna residencia, dueña divina de los campos, haz que germinen las semillas, que crezcan en la fuerte tierra; no ha de faltarle empuje al suelo, nunca jamás le faltará si las donantes son propicias, buenas hijas de los campos.»